

**Seminario “Cor e cidade”.** Organizado por el Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia en Lugo. Intervención de **Carmen Lamela** en la mesa redonda y debate sobre el color y la ciudad histórica, celebrado el sábado 5 de noviembre de 2011.

Como antropóloga y socióloga urbana, puedo centrar mi contribución al debate en dos aspectos: (1) la defensa de un tipo de urbanismo de “baja intensidad”, más humilde que al que estamos acostumbrados en los últimos tiempos; y (2) abundar sobre lo que puede significar el color como elemento a trabajar, desde el punto de vista del ciudadano o usuario.

- I. Una buena forma de presentar el tema del “urbanismo humilde” es a través de la película de Éric Rohmer, *El árbol, el alcalde y la mediateca* (Francia, 1993)—en mi opinión, un manual de “sociología del territorio” hecho película. Abreviando: Un joven y prometedor alcalde socialista de provincias de los 90 en Francia, consigue un gran presupuesto para promover un proyecto muy ambicioso para su ayuntamiento: la mediateca. Es rompedor, porque no responde a la función de “ocio rural” y supone todo un debate de qué hacer con las ciudades y con las periferias. El proyecto se tropieza, entre otras cosas, con la defensa de un árbol que habría que tirar. Al final, una niña insiste en que tiene la mejor propuesta: dedicar el lugar a espacio verde y rehabilitar las viviendas tradicionales abandonadas. El alcalde, al principio, se ríe de la propuesta, pero la niña lo sabe justificar: falta espacio público. Finalmente, el alcalde reconoce que es muy buena idea, pero tiene un problema fundamental: no dan dinero para eso, es demasiado barato y humilde. ¿Qué mensaje se abstrae de esta sinopsis?
- El urbanismo es, también, una actividad económica que puede ser MUY CARA y MUY LUCRATIVA. Y es muy tentador promover esta dimensión del urbanismo, incluso desde la mejor de las intenciones (por reconocimiento político, para “generar riqueza”). En todo caso, esa es posiblemente otra buena razón por la que la arquitectura y el urbanismo desprecian, generalmente, el color como herramienta de intervención: representa una inversión modesta.
- ¿Qué tipo de intervención y qué criterios pueden dirigir al “urbanismo humilde”? Hay que comenzar reconociendo que este tipo de intervenciones se viene desarrollando paralelamente a los mega-proyectos. Ya hay mucha experiencia acumulada, aunque bajo distintas denominaciones. A mí me gusta especialmente el de “place making” (diseño de espacios públicos para la sociabilidad) y “community design”. Una investigación y autor clave, de los 70, que no dejo de recomendar es William H. Whyte y su libro y video, *The social life of small urban spaces*. Puede considerarse, también, un manual de metodología. En cuanto a actuaciones o planes concretos que se pueden considerar ejemplos de urbanismo

humilde, todo lo que asumimos como “políticas de pequeños logros” –huertos urbanos y alojamientos intergeneracionales, por ejemplo.

- ¿Hay principios generales o valores que inspiren en mayor medida este tipo de urbanismo? Si, la sostenibilidad, la “política de afectos o de cuidados” –trabajando con los sentimientos, con las emociones (en palabras del geógrafo Nigel Thrift)--, y la “participación ciudadana”, entre otros.
- II. Es lugar común el desencuentro entre arquitectos o diseñadores y la ciudadanía en general o usuarios no especializados –desencuentro en ambas direcciones. Se podría hacer una interesante colección de ejemplos a través de la prensa local. Me llama especialmente la atención las polémicas sobre los asuntos más insignificantes. Por ejemplo, el revuelo que causaron las farolas de la Puerta del Sol en Madrid, de un carácter fálico evidente, si bien nadie osaba a mencionarlo expresamente. En todo caso, de estos revuelos esporádicos se puede abstraer un mensaje fundamental para lo que nos ocupa: el urbanismo de baja intensidad, humilde, no logra, por ello, evitar la confrontación y la polémica. Casi se puede decir todo lo contrario... ¿Por qué? PORQUE DETRÁS DE ESAS POLÉMICAS HAY OTROS TEMAS Y DINÁMICAS EN JUEGO – incluyendo intereses políticos y económicos concretos, y una masa altruista.
- Es por eso que podemos decir que la participación ciudadana es un objetivo en si mismo, como proceso. No porque vaya a dar respuestas que sean mejores que las del técnico o que las del artista. Es un **proceso de negociación y de comunicación entre las partes**. Por eso no se salda con encuestas cerradas.

He buscado ejemplos sobre polémicas y protestas vecinales recientes en torno a colores. No he tenido tiempo para encontrar buenos ejemplos. Encontré una interesante sobre las aceras en color rojo. Me pareció interesante por el término, tan común en España, que utilizaban los vecinos para criticar estas aceras: “es un color muy sucio” Con poco que reflexionemos, nos podemos dar cuenta que este ejemplo evidencia la necesidad de una “traducción”, de análisis de discursos y contenidos.

- Auguro que veremos más protestas y debates sobre el empleo de colores en la ciudad. Porque, además, el color es muy particular: parece muy objetivo cuando su percepción y significado está tremendamente mediado por el bagaje cultural de cada cual. El color es una construcción social.

En antropología, para ilustrar la mediación de la cultura en lo cognitivo, es típico recurrir al ejemplo de las decenas de palabras para nombrar y diferenciar el “blanco” en determinadas tribus árticas. Pero es muy difícil tomar conciencia de ese relativismo. Así, a los biólogos de la población les es muy difícil explicar al público profano que no se reconoce formalmente la existencia de “razas

humanas”, porque el “color” de la piel que vemos como criterio evidente no se sostiene, no es suficiente para sostener categorías. Para colmo, los colores despiertan pasiones, es muy sensible a las ideologías y a los valores. Los ejemplos son potencialmente infinitos: lo que ha significado el luto durante gran parte de nuestra historia, el estigma asociado a “la letra escarlata”, y un largo etcétera al que todos podemos contribuir.